KLARTEXT. Der Status des Politischen in Aktueller Kunst und Kultur.

Organizadoras: Marina Sorbello y Antje Weitzel. Künstlerhaus Bethanien y Volksbühne, Berlín, 14 al 20 de enero de 2005. Programa, informaciones, textos e imágenes en <http://www.klartext-konferenz.de>.

Por una nueva politización del arte

Marcelo Expósito

La conferencia internacional *Klartext* ha resultado un acontecimiento singular, un buen síntoma de la centralidad que lo político y las nuevas formas de protagonismo social han adquirido en los últimos años. Cuarenta artistas, colectivos, activistas, mediadores culturales y teóricos fueron convocados para “pensar el estatuto de lo político en las actuales prácticas artísticas y culturales”, en el marco de la tan comentada y contradictoria “repolitización del arte”.

La sesión inaugural con Marius Babias, Brian Holmes y Hans Haacke disparó los vectores de discusión que vertebraron la conferencia, mostrando también las contradicciones y tensiones que aquejan a los propios sectores de la institución artística interesados en valorizar el heterogéneo campo de nuevas prácticas artísticas, comisariales y críticas que, por convención, llamaríamos “politizadas”.

Marius Babias expuso cómo los límites de la crítica a la dominación capitalista de la cultura han favorecido los sucesivos procesos de “estetización de lo político”. Estetización desactivadora de los fenómenos de guerrilla artística que se han postulado como reflejo en el campo cultural de las radicalizaciones políticas (de la RAF o la Internacional Situacionista hasta el postmodernismo de resistencia de los 90: Group Material, Guerrilla Girls). El nudo gordiano del “arte político” residiría en esta duda: ¿se acaba siempre por estabilizar el modelo criticado? Y de esa pregunta resultan tres dilemas: cómo ir siempre más allá del ensimismamiento de la crítica; cómo desarrollar contramodelos comunitaristas alternativos al modo de subjetivación individualista; cómo generar procesos participativos eficaces, que no se dejen atrapar en un tipo de “servicio social voluntarista y romántico”.

La severa crítica de Babias no evitaba apuntar una salida. Las formas crecientemente poderosas de cooptación de las prácticas críticas al servicio del capitalismo cultural, abren también espacio a nuevos formatos críticos. Apuntó tres: las formas renovadas de crítica institucional, la cooperación con el activismo desde el sistema del arte y las prácticas artísticas que se conciben a sí mismas como una manifestación activista.

El pesimismo razonable de Babias se vio compensado por el optimismo voluntarioso de Brian Holmes, quien se remontó también al 68 (“Tucumán arde” y la radicalización artística en Argentina) para organizar un relato más orgánico y menos ideológico que el anterior, partiendo del interior de los fenómenos y no de los rigores de un análisis que los critica externamente. La conclusión de Brian, no obstante, converge significativamente con Babias. La “engañosa transparencia” de las actuales “democracias mediadas” tiene que ser contrarrestada por un “éxodo constituyente”. Es necesario que las prácticas que operan en un territorio simultáneamente político y simbólico (irrigado por el trasvase

constante entre prácticas políticas y estéticas desde los movimientos metropolitanos de los 90 hasta los movimientos globales) asienten espacios de autonomía desde los que sea factible también influir en los mecanismos instituidos.

La hipótesis del “éxodo” expuesta por Holmes (emparentada tácitamente con una genealogía que abarca del zapatismo a Paolo Virno, Toni Negri o el Colectivo Situaciones) niega la existencia de “un” sistema y “un” exterior al mismo. Comprende la función que la cultura cumple hoy en la producción capitalista de valor; muestra tenazmente las tramas de poderes establecidos, pero nunca absolutos; y sobre todo visibiliza las formas concretas en que las nuevas prácticas autonomistas desbordan los dispositivos de captura de los sistemas de mediación institucional. Un proceso conflictivo y continuo que se propone como esencia de la producción política y estética.

Hans Haacke habría de servir de piedra angular en la construcción de un relato sobre la actualidad de lo político en el arte que piense su propia densidad histórica, sus filiaciones con el ciclo del 68 y las vanguardias históricas politizadas. Y el resultado no pudo ser más decepcionante. El fracaso de su intervención se debió sin duda a una mala dinamización por parte de la historiadora Susanne von Fakenhausen. Pero sobre todo a la incapacidad para reconocer que la tradición de desbordamiento continuo que Haacke representa, desde el minimalismo hasta la crítica institucional, conduce inevitablemente a un espectro de prácticas que hoy ponen radicalmente en solfa los límites de la crítica enmarcada en la institución, algo que Babias y Holmes expusieron brillantemente por vías diferentes.

No fue una mera anécdota. La constante colisión entre la crítica “formateada” y las propuestas de desbordamiento y éxodo de las prácticas estéticas hacia las nuevas formas de conflicto político, tensionó el conjunto de la conferencia. Es imprescindible llegar a entender qué impide la compatibilidad en la práctica del trabajo notable de Kleines Postfordistisches Drama y Marion von Osten sobre las nuevas figuras de producción cultural, con el necesario proceso de organización política de la precariedad social que defendió Alex Foti de Chainworkers. Por qué pensadores sobresalientes como Chantal Mouffe o Jacques Rancière chocan y repliegan frente a la guerrilla comunicativa de Yes Men o la inmersión del Grupo de Arte Callejero en el movimentismo argentino. Y por qué muchos de los modelos de mediación presentados no lograban reforzar verdaderas dinámicas mixtas entre los espacios del arte y los nuevos movimientos sociales.

La mesa redonda de clausura, erigida erróneamente en jurado intelectual del magma de prácticas expuestas en días previos, constituyó un lamentable ejercicio de disculpa paternalista de “la ansiedad por el activismo” (Irit Rogoff *dixit*). Varias preguntas sobrevolaron desde el primer día las discusiones: ¿cómo establecer nuevas alianzas entre el arte y el activismo?, ¿hasta dónde estamos dispuestos a llegar en la radicalización de las nuevas prácticas culturales? Seguirán sin respuesta si no sabemos reconocer que la actual centralidad de lo político y la puesta en cuestión de la hegemonía neoliberal no caen del cielo: se deben a la dificultosa recomposición desde abajo de unas formas de antagonismo social que hoy son extremadamente visibles, y que no nos podemos permitir despreciar, ni siquiera malinterpretar, desde la torre de marfil de la teoría cultural.